



**ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE HISTORIA
DE LA LENGUA ESPAÑOLA**

Separata



*Actas del VIII Congreso Internacional
de Historia de la Lengua Española*

Santiago de Compostela, 14-18 de septiembre de 2009

Editadas por

EMILIO MONTERO CARTELLE

Secretaria de edición

CARMEN MANZANO ROVIRA

Separata

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, ANTE LA LENGUA ESPAÑOLA

RAFAEL CANO AGUILAR
Universidad de Sevilla

1. El lapso temporal que se extiende a lo largo de las (dos o tres) últimas décadas del siglo XIX y las (también dos o tres) primeras del XX constituye un momento histórico fundamental para la formación y asentamiento de nuevos modos de concebir el funcionamiento del lenguaje y las lenguas, su historicidad constitutiva y la variación interna que también es inherente a su naturaleza. Ocurrió en toda Europa (es la época de neogramáticos, dialectólogos y geógrafos lingüísticos, entre otros), y también en el mundo hispánico, donde las figuras de Rufino José Cuervo en América y, de mucha mayor trascendencia, Ramón Menéndez Pidal en España inauguran la Filología científica sobre el español. Pero el cambio no se limitó al ámbito científico; también entre eruditos de diversos intereses y en amplias capas de las élites cultas españolas brotó una aguda conciencia de, sobre todo, la diversidad y variación lingüísticas. En lo que se refiere a la diversidad, es la época de recuperación de las otras lenguas de España, no solo por medio de su cultivo y nueva estandarización, sino muy particularmente por su papel en la configuración de las ideologías nacionalistas de amplio recorrido en la futura historia española (Cataluña y el País Vasco, sobre todo, pero con presencia también en Galicia). En cuanto a la variación en la lengua, puede ser un excelente ejemplo de cómo se empieza ahora a ver la heterogeneidad interna de una lengua, el español en este caso, lo que ocurre en Andalucía, con el florecimiento de los estudios folcloristas, cuya atención a la poesía oral y popular va a originar una nueva mirada hacia lo que empieza a llamarse *dialecto andaluz*. Aunque carentes aún de una metodología rigurosa para la recogida y análisis de los datos, la labor de gentes como Machado y Álvarez o Rodríguez Marín va a suponer un primer toque de atención para el estudio de las hablas andaluzas, que, si bien tuvo un temprano fruto en el trabajo de Hugo Schuchardt sobre la lengua de los cantes flamencos (los que le ofreció su amigo “Demófilo”), no cristalizaría hasta muchos años después, en 1933, con el análisis de Tomás Navarro Tomás y sus colaboradores sobre la /s/ como pivote central del andaluz¹.

El folclorismo como recogida y estudio de materiales se desarrolló en un ambiente ideológico “regionalista”, que impregnó a la literatura, en especial la poesía, cultivada en esos años. Por otro lado, fue parte del caldo de cultivo donde empezó a germinar, también en Andalucía, un incipiente nacionalismo

1 Para este período son útiles los trabajos de Mondéjar, recogidos en Mondéjar 2001².

político (la otra parte fueron los movimientos democráticos radicales de carácter republicano muy vinculados a la cuestión social y de la tierra). Ese ambiente, que se daba muy especialmente en Sevilla, fue el que vivió Juan Ramón Jiménez cuando se trasladó a la capital andaluza para estudiar pintura y Derecho en 1896, y con el que no perdió nunca el contacto, tanto si estaba recluido en Moguer como si se había trasladado, temporal o definitivamente, a Madrid. Aparte de otras muchas consecuencias para su quehacer poético, esa inmersión en el regionalismo andaluz y sevillano de fines del XIX y comienzos del XX contribuyó a modelar, entonces pero ya para toda su vida, su conciencia de la lengua española, y del tipo concreto de español que usaba y que vivía en su memoria. Pero la percepción no es solo individual, del poeta; le trasciende, y muestra el cambio que se estaba produciendo en el sentimiento y valoración de los hechos lingüísticos diferenciales.

1.1. Juan Ramón realiza también algo que era ya moneda corriente entre costumbristas y folcloristas (y que había tenido sus inicios en el XVIII), la transcripción aproximada de cierta pronunciación andaluza como medio de caracterizar a algunos personajes. En él, sin embargo, frente a la superficialidad y estereotipización tan frecuentes en los escritores decimonónicos (y en otros muchos, coetáneos y posteriores), esa imitación está hecha con seguridad, consistencia y cercanía a la realidad², a la vez que se utiliza para incrementar el dramatismo de una escena:

(1) Mare, me jeché arena zobre la quemadura. / Te yamé, te yamé dejde er camino... ¡Nunca / ejtubo ejto tan zolo! Laj yama me comían, / mare, yo te yamaba, y tú nunca benía! ("La carbonerilla quemada", de *Historias 1909-1912*)

— Mi pare tié un reló e plata. — Y er mío, un caballo. — Y er mío, una escopeta. Reló que levantará a la madrugada, escopeta que no matará el hambre, caballo que llevará a la miseria (*Platero y yo*, 3, "Juegos del anochecer")

Pero también puede servir, como en las aproximaciones costumbristas (siempre más sutil), para dar el "color" particular a personajes innominados del fondo: *Tien'asero*, de los moguerenos que examinan a Platero³; *¿Ba argo?*, del siniestro inspector de Consumos, también en *Platero*; o el pregón que en *Diario de un poeta recién casado* acompaña las ensoñaciones del poeta: ¡Do *Jermaaaana!*, ¡*Violeeeeta!*, ¡*Agüüüüta freja!*

1.2. Carecemos de testimonios del uso lingüístico ordinario del poeta. La grabación realizada para el "Archivo de la Palabra" nos lo muestra con una dicción plenamente estándar, según el modelo centropeninsular, donde solamente se perciben, como rasgos distintos, una pronunciación algo más suave del fonema velar, la /s/ dental y alguna articulación ciceante por /s/, casi solo en contextos

² Así, por ejemplo, Juan Ramón es sistemático al representar la aspiración de /s/ implosiva, lejos de las espurias reproducciones, antiguas y modernas, con -z.

³ Es notable cómo contrasta ese seseo con el ceceo que en general caracteriza, justamente, a los paisanos del poeta. Quizá esa discordancia se deba simplemente al deseo de marcar lo diferencial.

de asimilación o disimilación. No obstante, en una entrevista realizada en mayo de 1935 para la revista *Noticias Gráficas*, de Buenos Aires, el entrevistador, posiblemente argentino (Pablo Suero), comenta:

(2) "El en otros gracioso ceceo andaluz tiene en su hablar algo de latigazo" (en *Guerra de España*, p. 102)

Al margen de la fonética, en la escritura de Juan Ramón, sobre todo en las obras de reminiscencias andaluzas, aparecen, aquí y allá, expresiones que si bien no pueden considerarse propiamente "andalucismos" de origen o de uso, sí están, o estaban, fuertemente arraigadas en los modos lingüísticos del Oeste andaluz: "ser un *vaina*" o "hacer *rabona*" (en *Elejías andaluzas. Entes y sombras de mi infancia*, 21 ("El amigo de los niños ricos"), p. 173); o *contradiós*: "... es lo "contradiós", como dice mi pueblo andaluz" (*Desterrado (Diario poético)*, 55. Un "contradiós" [escrito en Cuba, 193?], en *Guerra de España*, p. 50)⁴. La expresión oída a una escritora venezolana, Teresa de la Parra, le provoca la repetición de una construcción partitiva, vigorosa en Andalucía al igual que en América:

(3) "Yo comeré una poquita de tierra"... Si todos tenemos que comer esa poquita de tierra [...] dónde estará esperándonos mezclada en el aire esa poquita de tierra que comeremos... (*Españoles de tres mundos* (1936) [*Páginas escogidas*, p. 117])

Casi al final de su vida, Juan Ramón elaborará una teoría poética a partir de dos voces, difícilmente definibles, muy presentes en la conceptualización valorativa existente en Andalucía sobre el hablar y el actuar humanos:

(4) "Duende" y "Ánjel", hallazgos de nombradores de Andalucía, buena tierra de la nombradía popular, son los huéspedes interiores del poeta auténtico (*Poesía cerrada y poesía abierta*, 1. "Ánjel" y "Duende" [*Páginas escogidas*, 179-180])⁵

Pero con tales categorías Juan Ramón apoya igualmente la división interna de Andalucía, tal como era ya moneda corriente en su tiempo:

(5) Es claro que el duende de Granada no es como el de Sevilla, ni el ánjel tampoco (*ibid.*) [a Sevilla unirá Cádiz y Moguer, "Tartessos del cuerpo y del alma [...] mar de tierra abierta, espacio total"]

⁴ La consulta a los datos de *CREA* y *CORDE* avala solo parcialmente la intuición del poeta: de los 17 testimonios documentados de dicha voz, todos de la lengua moderna (salvo una creación ocasional, al margen, de Calderón de la Barca), entre 7 y 9 son de procedencia inequívocamente andaluza.

⁵ Claro que su actitud no deja de ser ambivalente, dada la poca estimación que Juan Ramón muestra constantemente ante ciertos rasgos definidores de lo andaluz tal como los que enumera a continuación: "Hablar o escribir del duende o del ánjel en Andalucía no es ninguna originalidad, es como hablar o escribir de los moros, de la manzanilla, del cante hondo, de los toros, de los jitanos, que todos hablamos de ellos y de otras cosas que no todos ven" (*ibid.*). En último término, parece considerarlos definidores, pero no susceptibles de elevar o rebajar por sí solos el valor poético: "Mi duende y mi ánjel de mi parte andaluza no tienen categoría de divinos ni de malditos, no son malos ni buenos" (*ibid.*).

Más crítico se muestra con otro tópico recurrente sobre lo andaluz desde principios del XIX, y que parece reservar para ese andalucismo superficial, el único vivo para muchos, que deforma la verdadera realidad de Andalucía, aunque venga promovido desde dentro (la alusión a los hermanos Álvarez Quintero es transparente):

(6) De modo que cuando se dice de una persona agraciada que tiene aquella gracia de Dios, y se dice mucho en mi Andalucía (como se dice también en otras partes donde Andalucía no es bien conocida, de una persona recurrente del tipo caricaturesco de unos hermanos comediógrafos que creían que una comedia era una suma de chistes livianos, todos seguidos), no se está diciendo tampoco nada de esto que yo quiero decir, y es poca Andalucía la que lo dice (*ibid.*)

Por el contrario, reserva sus alabanzas para el tipo de evaluación que en Andalucía se consigue con el empleo del adjetivo *fino*, de modo que la superioridad atribuida a lo "fino" trasluce igualmente la del pueblo que elaboró dicha valoración:

(7) En Andalucía, donde la perfección para la calidad es tan grande y tan sutil, la palabra "fino" se emplea del modo que yo creo más exacto. Se dice "fino" mejor del trabajador, que hace todo mejor y que tiene mejores condiciones de resistencia, de calidad, de voluntad para el trabajo, para el amor. ¡Qué fino es Fulano para el amor, para el trabajo, para lo que sea! Fino quiere decir completo, mejor, superior. Lo fino es eso y nada más que eso, lo superior y lo mejor (*Desterrado (Diario poético)*, 71. *Qué es lo fino* [escrito en W. (¿Washington?), ¿1924], en *Guerra de España*, p. 57)

La más completa valoración global, sin embargo, sobre el habla andaluza se reserva para la femenina, un poco al modo de la antigua tradición de alabar la forma de hablar de las mujeres de la región (como ya hacía, por ejemplo, Gonzalo Correas), pero que también responde al motivo biográfico de la honda vinculación con el hablar de su madre. Es una valoración claramente impresionista, basada en una comparación no muy original, repetida además, que se construye además sobre el contraste con otros mundos lingüísticos (el francés y el inglés) de los que no sabemos qué experiencia directa tendría el poeta en la época en que la escribió:

(8) Hay en la charla de la mujer andaluza una música de pájaro que no se encuentra en otras bocas. No es la melodía falsa y nasal de la mujer francesa que pronuncia bien, ni esa gomosa y gutural nota brusca de la sajona: la mujer andaluza habla una charla florida y matizada como un gorjeo de un pájaro que viviera en su garganta (*Elegías andaluzas. El poeta en Moguer*, 12, p. 107)

Esa admiración por la sensibilidad lingüística andaluza, presente tanto en la creación como en el uso de determinados elementos, le llevó, ya en el exilio, a una puntualización aparentemente cordial, en el fondo hiriente, a la supuesta,

pero falsa, invención por Américo Castro del término *vividura* para referirse al angustiado devenir vital hispánico. La palabra, según Juan Ramón, ya vivía en la tradición lingüística popular andaluza:

(9) COLADURA

"Vividura y moridura con buena cara se apuran", oí decir de muchacho en Sevilla, a un zapatero del portal de mi estudio, cuando yo estaba allí pintando en la calle de Gerona, paralela a la de Las Dueñas en donde seguramente vi a Antonio Machado, nueve años mayor que yo, cuando yo no sabía quién era. Y se lo decía a su mujer, una muchacha agraciada y deshecha que nos servía de modelo de desnudo, por una peseta. Y en Moguer, el aperador de mi padre, por la época en que se nos perdieron las viñas y se implantó la vid americana, solía decirme moviendo la cabeza: "Señorito Juan, esta cepa riparia es de poca vividura".

Esto era cuando yo tenía dieciséis años y ahora tengo setentidós. Bueno, pues ahora, a esta vejez mía corporal de andaluz enamorado de mi lengua, oí decir en este primoroso Puerto Rico, que mi querido Américo Castro, historiador tan leído y escrito, que no nació en España y por lo tanto no mamó el español, dijo que él había inventado no sé qué palabras españolas, entre ellas "vividura".

Yo le recomiendo a mi amigo, recordando los días de la Residencia de Estudiantes, que se dé una vueltecita por Andalucía y se deleite con el arte verdadero de inventar o de repetir lo tradicional como si fuera inventado. (en *Ideología...*, 3959, p. 710 de la ed. de Sánchez Romeralo) (entre 1936 y 1949)

1.3. La valoración positiva de lo andaluz en lengua no es sino una faceta más de la honda presencia de Andalucía en el "yo" vital y poético juanramoniano. Una presencia vivificadora, creadora, que el poeta no quería dejar encerrada en las paredes de lo local, ni presentar con el ornato fácil de antiguos y modernos. De lo primero surge la temprana adopción del sobrenombre "Andaluz universal"⁶, como manifestación externa del ansia por sobrepasar los límites originarios. De lo segundo, sus reticencias a la poesía de andaluces, incluso de algunos considerados en algún momento discípulos suyos, a quienes equipara a los románticos franceses creadores de la Andalucía imaginaria (así, Lorca y Alberti como Gautier; también modernistas del tipo de Salvador Rueda, Manuel Reina o el mismo Villaespesa, tan admirado en otros momentos; solo Antonio Machado, y parcialmente, escapa de tales descalificaciones).

Pero ese andalucismo esencial no deja escapar a Juan Ramón de algunos tópicos, unos recurrentes, otros nuevos, desarrollados en el regionalismo de principios de siglo. Sin especiales preocupaciones históricas, más bien desde la perspectiva de la poesía y de la construcción de su imagen, Juan Ramón es uno más de los que vinculan lo andaluz a lo árabe, vinculación que establece

6 "Mi idea instintiva de entonces y consciente de luego, era la exaltación de Andalucía a lo universal, en prosa y en verso, a lo universal y abstracto; y como creo que es verdad que el hábito hace al monje, yo me puse por nombre "el andaluz universal", a ver si podía llenar de contenido mi continente" ("Recuerdo a José Ortega y Gasset", en *La corriente infinita*, ap. Fernández Berrocal 2008: 30); "Andalucía es, creo yo, lo que más acerca España a lo universal" (*ibid.*: 268).

específicamente entre la poesía andaluza y la arábigoandaluza (aún no se ha recaudado el término *andalusi* para diferenciar ambos mundos), y que le permite establecer otras relaciones de ese conjunto con, por ejemplo, la poesía mística o la de los simbolistas franceses⁷. Incluso su misma apariencia física le hace sentirse inmerso en una continuidad no solo espiritual, poética, sino también racial: "Yo soy árabe andaluz..." (*Tiempo*, fragmento 6, en *Tiempo y Espacio* (ed. de A. del Villar), Madrid: Edaf, 1986, p. 107), heredada de su madre, que como buena andaluza respondía al mismo tipo humano: "Mi madre [...] era de Osuna (Sevilla) [...], tenía el tipo oriental de las mujeres arabigoandaluzas" (Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, carpeta J-1, Vida, 42-43, *ap.* Fernández Berrocal 2008: 74)⁸.

Por otro lado, como es tan habitual en los procesos de construcción y defensa de una identidad, esta no solo se hace "hacia dentro" sino también, y muchas veces sobre todo, "contra fuera". En el caso de Juan Ramón, al igual que ocurrirá en otros andalucistas de muy diverso tipo, hay también un contrario, frente al que se reafirma como andaluz, en lo humano y en lo literario: Castilla, lo castellano, el casticismo, Madrid. En 1953, evocando su regreso a Madrid de 1912 y su encuentro con Ortega y Gasset, lo manifiesta con rotundidad:

Yo tenía conciencia de que era andaluz, no castellano, y ya consideraba un diletantismo inconcebible la exaltación de Castilla (y sobre todo la Castilla de los hidalgos lampones, tan de la picaresca) por los escritores del litoral, Unamuno, Azorín, Antonio Machado, Ortega mismo ("Recuerdo a José Ortega y Gasset" (1953), en *Guerra en España*, p. 299) (primeramente en *La corriente infinita* (Francisco Garfías ed.), Madrid: Aguilar, 1961, 151-167)

Se trata de un enfrentamiento vital, pero también literario, pues ahí está clara su reacción a cierto enquistamiento de los grandes escritores del 98 en una temática y un modo que después Ortega teorizaría al poner a Castilla en el centro de la historia de España. Juan Ramón se siente hombre del litoral, y no entiende, o no quiere entender, la fascinación que ejerce Castilla sobre quienes no vienen de la periferia (aquí se incluye a sí mismo, pues confiesa haber cedido en algún momento a la tentación castellanista, llevado por los hombres de la Institución, a quienes tanto admiraba). Claro que con ello no se limita a enfrentar una Castilla odiosa con una Andalucía exaltada, pues ambas han sufrido la misma deformación en su presentación ante los demás por obra de escritores que le desagradan profundamente:

Insisto en que yo no puedo comprender por qué fusiones o confusiones, Unamuno, Azorín, Antonio Machado, etc. cantan a Castilla con tal consecuencia amanerada, y lo que menos me gusta de todos ellos es lo que a esta Castilla, madrastra de ellos, se refiere. Castilla, la para mí forera, esquisita, ha venido a ser, por culpa de los falsos actores de latiguillo del falso 98, una odiosa mansión de la más falsa aristocracia, como Andalucía fue y sigue

⁷ En *Tiempo y Espacio* abundan las referencias de ese tipo (véase Fernández Berrocal 2008: 268 y n. 763).

⁸ Pero en este aspecto su herencia es mixta: por parte de su padre, rojano de nacimiento, se considera heredero también de los visigodos.

siendo odiosa, cantada por los turistas o los complacedores de los turistas, como la mansión de la jitanería esterior. Tan de pandereta es la Andalucía de Théophile Gautier como la de Salvador Rueda o la de Federico García Lorca, aunque con distinta calidad y conocimiento (*ibid.*)

Pero no siempre su escritura había sido tan lúcidamente crítica. Hubo momentos en que se complacía en el enfrentamiento de una Andalucía ideal con una Castilla miserable, entre la palabra "viva, fresca, limpia, sonora, melodiosa" del andaluz y la "lenta, seca, empolvada, áspera" del castellano ("hombre pardo de montera sucia de Castilla que mira polvorientos rebaños en un sol amarillo de campos yermos")⁹. No obstante, aun sin la brutalidad de tal exposición, siempre creyó que la regeneración de la poesía española vendría de Andalucía, la cual lograría eliminar la sequedad expresiva y el "casticismo" (otro término odioso) temático de aquella¹⁰. Esa lejanía espiritual frente a Castilla, pero también frente a Madrid (que, en su primera llegada, le pareció feo, y cuya capitalidad, también en lo literario, que le obligaba a residir en él, en lugar de en su idealizada Sevilla detestó durante mucho tiempo), se revela igualmente en lo lingüístico, de forma que sus dardos contra las modalidades castellanas del español serán más abundantes y detalladas que las memoraciones de lo andaluz. Esa inquina lingüística (mezclada con animadversiones personales) le duró siempre, pues aflora incluso en textos del destierro, cuando su conciencia de la variación, por el contacto con América, se había enriquecido y hecho más compleja, según veremos. "¡Qué odio de castellano en Madrid!" exclama en *El español perdido* (escrito en Washington, entre 1943 y 1948)¹¹. Y en esa misma serie concreta algunos de los elementos, y personas, que provocan ese rechazo:

¡Y qué extraña esa perfección arcaizante "vallaolizana", ¡o Jorge Guillén!, que buscan otros en el radio y fuera del radio! "En eso estábamos, a las buenas horas". Y tan bien imitado, actores del Sacrosanto Idioma de la Patria

Hay en ese castellano un arcaísmo impostado que parece repugnarle especialmente:

⁹ No acaba ahí la contraposición. El poeta continúa, en una vena ciertamente tópica y de estereotipo, oponiendo la rica naturaleza que emana de la Alhambra o el Alcázar sevillano, de donde sale el "andaluz, limpio, vivo, dueño de una fantasía policroma y transparente", a la carencia de emociones propias del "hombre del capote pardo, que no se baña, que tiene una casa sucia, con cerdos iminentes, que no ve sino una tierra parda sin más fin que el que quiera ponerle un cielo polvoriento". Los textos citados están recogidos en *Ideología...*, 67, págs. 30-31 de la ed. de Sánchez Romeralo, y fueron compuestos entre 1897 y 1909, en la época, pues, de su máximo fervor regionalista.

¹⁰ Véase n. 6. También: "Creí siempre que ya había bastante dureza, sequedad, rotundez en la literatura española, y que el andaluz debe ser el estilo que contrarreste esa pedrea. El gallego es demasiado "ño", el murciano demasiado pluma. No, no es eso. El andaluz no es así; tiene la "energía suficiente", mi norma. Ese ha sido siempre el secreto del mejor andaluz: la fuerza justa, el sencillo "vamos allá" (en *Ideología...*, 1608, p. 270) (escrito entre 1919 y 1929). Véanse otras referencias en *Ideología...*, 3378, p. 577 (1936-1949), y en la misma obra, 3547, págs. 612-613 (entre 1936 y 1949); también en 4049, p. 734.

¹¹ *Guerra de España*, 59-63 (originariamente, en *La corriente infinita* (Francisco Garfías ed.), Madrid: Aguilar, 1961, 294-301; recogido en: *Ideología (1897-1957)*, *Metamorfosis. II*, reconstrucción, estudio y notas de A. Sánchez Romeralo, Barcelona: Anthropos, 1990).

Los castellanos es posible que fuesen así [redichos y circunloquiantes], ya que los de hoy lo son. Jorge Guillén, vallisoletano recalitrante, dice "a las buenas horas", "albricias", "por modo y manera", "empero", y qué mal se habla en Madrid, suma de lo castellano principalmente (*Tiempo*, fragmento 5, en *Tiempo y Espacio* (ed. de A. del Villar), Madrid: Edaf, 1986, p. 106)¹²

Coincide, pues, Juan Ramón plenamente con otros "periféricos" en asumir que el español es más, mucho más, que el castellano: "todos sabemos que castellano en lo idiomático no puede ya nunca corresponder a "español"" (*Poesía cerrada y poesía abierta. I. "Ánjel" y "Duende" [Páginas escogidas, 181-182]*). El español no solo es más, es ya otra cosa, una realidad nueva, que ha dejado atrás su origen castellano (este, en la mente de Juan Ramón y de muchos otros, antes y después, queda como una antigualla). Ese carácter arcaico impide que el castellano pueda considerarse guía del español, pues no corresponde ya a la realidad de este; tampoco ha generado un discurso poético y literario suficientemente bello para que se le pueda ceder dicha potestad. Solo la prepotencia que parece emanar de la capital (Madrid es suma de lo castellano, y allí se habla muy mal) consigue que muchos lo sigan considerando la cumbre de perfección del idioma, algo que Juan Ramón ve como una pretensión pomposa y hueca ("tan bien imitado, actores del Sacrosanto Idioma de la Patria"). Una trampa, además, como veremos, cuando se enseña esa lengua, ya de nadie, a los extranjeros.

2. La estancia en el exilio americano, desde 1936 hasta su muerte en 1954, dio a Juan Ramón otra visión del español, además de provocarle otros modos de incardinarse vitalmente en el idioma. Nuestro poeta manifiesta, con la nitidez exacta de su palabra, lo que fue sentimiento compartido de tantos exiliados, la sensación de desarraigo lingüístico combinada con la extrañeza, cuando se vivía en la América hispana, ante el mismo idioma, que, sin embargo, no era totalmente "el mismo".

La sensación de desarraigo e inseguridad lingüísticas se manifestó en Juan Ramón muy especialmente en su estancia en Estados Unidos. Allí sintió muy agudamente el miedo de perder su lengua, como explica Isabel García Lorca: "Estaba deseando irse de Nueva York, porque decía que cuando aprendía una palabra en inglés, olvidaba dos en español. Le preocupaba mucho la idea de perder su lengua. Para él la cosa más importante que tenía" (véase Fernández Berrocal 2008: 276), y como él mismo manifiesta con cierta angustia, pero también con algo de humor: "Con mi mujer hablo siempre español, claro está, pero ya nos corregimos uno a otro, y hasta consultamos el diccionario" (en *Patria y patria. España, ¿dónde te oigo?* (en *Guerra de España*, pp. 64-65) [originariamente en *La corriente infinita* (Francisco Garfias ed.), Madrid: Aguilar, 1961, 302-305 (escrito

¹² Curiosamente el rechazo a lo arcaico le lleva a sentirse alejado de buena parte de la literatura clásica española, donde lo arcaico quizá no pueda considerarse tal ("La literatura española antigua, especialmente desde el 16 hasta el 19, qué empacho me da, y no digo nada los que hoy la prolongan, metiéndose en las tumbas, como Ramón Pérez de Ayala", *ibid.*, p. 105). Pero quizá sea más bien por castellana: "La escritura poética castellana (digo "castellana" a la de la meseta española y su asimilación [...]) no sule tener ánjel ni duende" (*Poesía cerrada y poesía abierta. I. "Ánjel" y "Duende" [Páginas escogidas, 181-182]*); salva de ese desprecio a San Juan de la Cruz, entre otras razones por su relación con Andalucía; y a Santa Teresa, excepcional mar de generosidad en la sequera castellana.

to entre 1937 y 1953)] [también en *Ideología...*, 3943-3956, págs. 706-708]. Esa sensación se agravaba por la incapacidad, pero también negativa voluntaria, de Juan Ramón por aprender otros idiomas¹³. Además, el poeta participaba de la creencia, bastante extendida en su tiempo y aun después, de que la facilidad en el aprendizaje de idiomas iba en relación inversa a la verdadera inteligencia¹⁴.

Pero más allá de estos problemas individuales, el exilio americano, como ya se ha señalado, ofreció a Juan Ramón una comprensión renovada de la variación lingüística y de la diversidad interna del español, así como una aguda conciencia del cambio en las lenguas (incluso del cambio en períodos muy breves en el tiempo). Todo ello repercutió en nuevas ideas sobre el español modélico, el "buen" español, en las que, sin embargo, puede apreciarse una clara continuidad con el sentimiento, más que concepción elaborada, manifestado en los escritos en que revelaba su oposición al modelo castellano y su apertura a otros horizontes lingüísticos (con lo andaluz como eje vital).

2.1. La conciencia de la variedad interna del español, ya presente en su juventud (esa "niña forastera, que habla de otro modo" del cap. 3 de *Platero*)¹⁵, se intensificó de forma extraordinaria en América. Allí se enfrentó directamente, y no ya solo a través de personas concretas (escritores hispanoamericanos en España, por ejemplo), con la multiplicidad de formas que adopta la misma lengua:

Antes había para mí un español. Ahora, ¡qué extraño!, hay muchos españoles para mí.

Todos los españoles de España se me unían en Madrid en uno. Todos los españoles de España se me separan en América en muchos (en *El español perdido* (en *Guerra de España*, 59-63) [originariamente, en *La corriente infinita* (Francisco Garfias ed.), Madrid: Aguilar, 1961, 294-301 (escrito en Washington, 1943-1948)] [recogido en: *Ideología (1897-1957). Metamorfosis, IV*, reconstrucción, estudio y notas de A. Sánchez Romeralo, Barcelona: Anthropos, 1990], págs. 59-60)

Esa variedad le produce extrañeza, pero también, como volveremos a ver, el mismo español de España se la produce, y logra concretarla en rasgos fonéticos procedentes de diversas zonas (reconocemos españolismos, chilanismos, caribeñismos):

¹³ Del mismo texto: "Por mi gusto no hablaría ni leería ni escribiría nunca más lengua que la de España, y querría una federación universal de lengua española"; "No debo, no puedo, no quiero necesitar más lengua que la mía, extranjeros, más lengua que la tuya, España". En *Ideología...*, 2896-2899, pág. 469 de la ed. de Sánchez Romeralo (compuestas en 1929-1936): "Mi dificultad en los idiomas debe venir, creo yo, de mi incapacidad de estudiar, de mi vocación de inventor. Por eso me inventé mi idioma".

¹⁴ "La capacidad de aprender idiomas (memoria) está en razón inversa de la personalidad (voluntad, entendimiento)" ~ "Aprende más idiomas el listo que el profundo" (*ibid.*)

¹⁵ Aunque en algún momento parezca dar a entender que en España no era consciente del hecho: "Cuando yo estaba en España, creía que todos los españoles que conocía allí hablaban español. No lo dudaba, no necesitaba diferenciarlos. Hoy creo que ningún español de los que conozco fuera de España habla en español, español, el español que yo voy perdiendo. ¡Qué extraño!" (*Español perdido*, p. 59).

Qué extraño el español de los españoles en esta, este radio, fatal en todos los sentidos, que acentúa tanto las pronunciaciones particulares disímiles, diferentes.

Oigo "verdat, talves, yega, cirial, guierra, vielnes", tan bien dichos para quienes lo dicen. ¡Qué extraño!, digo yo (*ibid.*, p. 61)

No obstante, en alguna ocasión, por razones individuales nacidas del contento que le produjeron ciertas recepciones ofrecidas en América, manifiesta clara simpatía por determinadas variantes, en este caso el español argentino, al que también se permite caracterizar en la fonética del rehilamiento porteño posterior al yeísmo:

Oír a un argentino fuera de Buenos Aires siempre me había sonado un poco raro, pero oír a Buenos Aires me enamoró: un hablar rápido con todas las letras pronunciadas y en su sitio, con un acento fino y agradable, lleno de ondeajes de sorpresa. Hasta la y griega enllada, aquel "Mayea", aquel caballo o cabacho, me parecían tan naturales (en "Epílogo de 1948. El milagro español", en *Guerra en España*, p. 283-284) [originariamente en *La corriente infinita* (Francisco Garfias ed.), Madrid: Aguilar, 1961, 306-308]

Por otro lado, es capaz de advertir en el español de diversas zonas de América claras relaciones con el de Andalucía, lo que le lleva a evocar, de forma contradictoria, el de su niñez en Moguer (las "voces suaves", las "miradas quietas" de las gentes americanas le hacen en otro momento pensar en una "Andalucía de América"):

En Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, noté por vez primera las diferencias, encantadoras diferencias. Unas veces, las palabras nuevas para mí me parecían más falsas que las otras; otras, más verdaderas, más mías que las mías de... ¿cuándo?, más cerca de las mías de niño. Falsas por olvido, verdaderas por memoria (*Español perdido.*, p. 60),

hasta el punto de llegar a una profunda afinidad (no bien ejemplificada, sin embargo, en lo lingüístico), que le hace soportable la idea de quedar allí eternamente (la referencia concreta, casi profética, es a Puerto Rico):

Yo me imagino que el descanso definitivo será bueno en esta tierra gemela de mi Andalucía, que de Andalucía trajo el "bendito", el "por eso" y el "bueno", cuyo carácter incluye el encanto, el misterio y la intensidad... (en *Isla de la simpatía*, op. Fernández Berrocal 2008: 280) (originariamente, en "Respuesta a una entrevista", en *La corriente infinita* (Francisco Garfias ed.), Madrid: Aguilar, 1961, p. 251)

Por motivos poéticos y vitales, pues, sin conexión alguna que sepamos con la disputa filológica e histórico-lingüística tan viva en aquellos años, Juan Ramón

Jiménez podría figurar entre los abanderados del "andalucismo" del español americano.

2.2. Juan Ramón, antes de la guerra, había manifestado su profunda convicción, por razones literarias más que científicas, en el continuo movimiento de los idiomas, en su constante evolución, lo que garantizaba su permanencia en la vida y en el uso de quienes, precisamente por usarla, hacen la lengua. Curiosamente, tal convicción no se muestra de forma afirmativa, sino con una notable agresividad hacia, es de suponer (la referencia localizadora es inequívoca), los filólogos agrupados en el Centro de Estudios Históricos (paradójicamente, absolutos convencidos también, en la estela de Menéndez Pidal, de la historicidad de las lenguas). El lugar de trabajo entonces de los lingüistas del Centro le permite un fácil juego de palabras descalificador; se ignora, por otro lado, a qué filólogo podía referirse el poeta:

La lengua española, dice un filólogo, está ya consolidada, no se puede ya cambiar en una coma.

Sí, claro, consolidada, congelada entre los cuatro muros de la cámara frigorífica del Palacio de Hielo, calle de Medinaceli. Pero fuera, en la tierra, en el agua, en el fuego y en el viento quedan los que mueven sus ojos al sol, los que hablan y los que escriben la lengua, los que hacen río el bloque filológico.

Y en cuanto al hielo del palacio: que aproveche, sobre todo en verano, lengua helada en verano y que se beneficien de ella los poetas adjuntos de ese palacio tumbal. (en *Ideología...*, 2642, p. 432) (entre 1929 y 1936)

Una gramática no puede contener ni, sobre todo, detener, una poesía, una lengua (*ibid.*, 2283, p. 377)

Sin embargo, fue el exilio lo que le provocó una aguda percepción del paso del tiempo en las lenguas, en el español en concreto, incluso en períodos tan breves (para la historia lingüística) como los transcurridos desde su salida, definitiva, de España. Esa conciencia de que la lengua en España podía estar evolucionando sin que él participara de tales cambios aumentó notablemente su sensación de desarraigo y de incertidumbre en su propia situación vital (la comparación con el judeo-español, vital, no libresca, aumenta esa sensación de desarraigo):

Como el idioma es un organismo libre, y vive, muere y se transforma constantemente, el español que se venga hablando en España, desde el año 36, en que yo la dejé, habrá cambiado en doce años, tendrá doce años más o doce menos, según y conforme.

Si yo fuese a España ahora, seguramente hablaría, oiría y hablaría, con duda primero y, luego, un español diferente del que estoy hablando. ¡Yo extraño o el español extraño! Igual yo que esos judíos que he oído hablar por aquí, que hablan todavía su español del siglo 15. ¡Qué extraño!

En todo caso, mi español se ha detenido, hace doce años, en mí. Yo supongo, no lo sé ya tampoco, que hablo como hace doce años. Desconfío de mí

ahora y desconfío ahora de lo que leo ahora escrito en español de España y fuera de España.

Y si quiero recordar, pensar, criticar el español, los españoles, ya no sé lo que leo, lo que hablo ni lo que escribo (*Español perdido*., p. 59)

¿Muerto hoy para mí el español de España; muerto el otro español desterrado, muerto mi español?

¿El español de España no se está desarrollando conmigo; yo no he contribuido "allí" ni "aquí" a desarrollarlo desde el año 36? ¿El español desterrado no se desarrolla con España? ¿Mi español no se desarrolla con ninguno de los dos? (*ibid.*, p. 65)

No solo los exiliados de la guerra. También los españoles que fueron a América en determinados momentos del siglo XX, al desvincularse de la evolución del idioma en el ámbito en que ellos lo aprendieron y lo desarrollaron, se quedaron anclados en la forma que la lengua tenía en el momento de la salida de su tierra:

Y todos los españoles aquí, ahora, tienen su español detenido en años diferentes: uno, por ejemplo, en el 1917; otros, en el 20, en el 28, el 35. Y yo sé, por sus palabras de aquel año, que yo aisé en España, el año en que vinieron.

¿Cuál mejor, el venido más antiguo, el más reciente, el más medio?

¿Qué concurso de extrañezas! Todos hablamos un español diferente o creemos hablarlo. O lo creo yo, en todo caso.

Ninguno hablamos en español. (Ahora mismo dudo si está bien este "ninguno hablamos" o si está bien para mí. Claro que lo puedo pensar, pero no quiero. ¡No lo quiero pensar, no quiero pensarlo!) (*ibid.*, p. 61)

El español de quienes están fuera de su tierra ya no es sincrónico ni con el de origen, pues no se comparte la vida de la lengua con aquellos a quienes ya no se puede hablar (y ni siquiera se está seguro de querer hacerlo: "¿Ir a ver a un español recién llegado ahora de España, para hablar con él? ¿Qué extraño; a lo que llega el español perdido!" (*ibid.*, p. 61), pero tampoco puede adherirse al de los otros hablantes de la lengua, pues esta ha tenido su propio y distinto ritmo de evolución, que Juan Ramón no sabe si es la fijación en un momento anterior, o un camino distinto con un tiempo también distinto:

Porque el español hispanoamericano, los hispanoamericanos españoles, se devuieron en un español un día, mi día anterior; o se desarrollaron en esa detención por otro lado posible de ella. ¿Qué extraño que estos hispanoamericanos detenidos en un español o renovados por otro camino que el mío, se me disculpen a veces de su español! Como yo empiezo hoy a disculparme. ¿Y qué extraño este querer hablar de otra manera para entendernos mejor! (*ibid.*, p. 60)

De esta forma, se produce la peor situación para un escritor como Juan Ramón, para un poeta que ha hecho de la exactitud en la palabra y el cuidado del idioma eje central de su creación, la de sentirse extranjero en su propia lengua, tanto respecto de la forma de partida como de la de llegada:

Todos los españoles de aquí y de allí (allí, Europa) ¿me son extranjeros?

¿Qué extraño, qué extraños españoles extranjeros, extranjeros españoles!

"Aquí", dijo Frascuelo en París, "todos son extranjeros". Y lo que yo me reía de esto... en España

"Aquí", digo yo en América, "todos somos extranjeros". Y no me río (*ibid.*, págs. 61-62)

Y qué extraño renovar mi español con lo extranjero, ser ya extranjero definitivo, no ser de ningún país ¿ni nunca ya español? (*ibid.*, p. 62)

Sin embargo, la constatación de la variación, la lejanía ya frente a la propia variedad y la creencia en los distintos modos de evolucionar la lengua en sus distintos ámbitos pueden concluir en ciertos momentos en una voluntad de superación de las diferencias en la construcción de una identidad superior que pueda englobar a todas las modalidades de la lengua, sentidas, al final, como una:

Un español no es el español ahora para mí; el español que yo quiero es todos los españoles. Y todos los hispanoamericanos (*ibid.*, p. 61)

2.3. La conciencia de la diversidad lingüística, entre lenguas o dentro de la misma lengua, genera siempre valoraciones. De esas valoraciones, casi nunca fundadas en criterios y hechos objetivos, pero no por eso menos activas y relevantes en la historia de las lenguas, surgen los modelos y las normas, los patrones por los que ha de regirse la actuación lingüística. Ese sentimiento primario acerca de en quiénes y dónde se habla el "mejor" idioma estaba también muy vivo en Juan Ramón. En el exilio adoptó dos direcciones, que no tienen por qué verse como contrapuestas: por un lado, la sensación ya vista de desarraigo de la propia lengua, de "su" propia forma de español, le llevó a reclamar para sí su español de España; por otro, su creencia en que el español no tiene un solo centro, y en que este, desde luego, no tiene por qué ser el castellano, ya muy presente en su juventud, se exacerbó de forma notable.

En efecto, el temor a perder la lengua, o el modo en que la realizaba, y la sensación de desfase de su español respecto del vivo en España, produce un ansia aguda de la patria y la lengua perdidas:

Y yo, un día, escribí un español auténtico y propio, y fui sencillo a veces y a veces complicado, corazón o cabeza, pero siempre de "dentro" de España y de los españoles de España (*ibid.*, p. 63)

En un momento, al que ya hemos aludido, de especial alegría por oír el español argentino, que tan placentera sensación le causó, y el español de los españoles que allá vivían, se produce una emocionada reconciliación con España

y el español de España, de forma que parece perder, al menos en ese momento, la amarga soledad del desterrado:

No soy ahora un deslenguado ni un desterrado, sino un conterrado, y por ese volver a lenguarse, he encontrado a Dios en la conciencia de lo bello, lo que hubiera sido imposible no oyendo hablar en mi español. En la casa de Dios estoy ahora hablando y España está, en Dios, conmigo. Ahora soy feliz, madre mía, España, madre España, hablando y escribiendo como cuando estaba en tu regazo y en tu pecho (en "Epílogo de 1948")

En último término, la búsqueda de España y de su forma de español originaria se convierte en metonimia o en símbolo de su regreso a la niñez y al recuerdo de su madre, cuyo español (de tipo andaluz, no se olvide) se convierte cada vez más en la manifestación más sublime de la lengua:

Y si analizo esto y revivo aquello, decido que la única persona que habla español, en español, el español que yo creo español, era mi madre, tan natural, tan directa y tan sencilla, cuya voz sigo oyendo debajo de la mía. Y sufro más que nunca que ella esté lejos de mí, tan callado y oculto su español de hoy bajo nuestra tierra andaluza, Osuna, Cádiz, Moguer (*Español perdido*, p. 59)

Mí madre viva, de quien yo lo aprendí todo, y más que todo mi lengua, hablaba como toda España para mí. Y España toda me habla ahora a mí, ¿desde dónde?, como mi madre ahora, más lejana en la superficie de esta tierra, más cercana ahondando aquí, atravesando la tierra en su profundidad, en la profundidad, más alta ahora para mí, de su muerte (*Patria y patria*, p. 65)

Pero su sentimiento, que hoy podría denominarse incluso "poli-" o "pluricéntrico", respecto al "buen" español, conoce en América un claro refuerzo, manifestado en dos direcciones: por un lado, la conciencia de que los españoles que oye en América pueden ser tan bellos, o incluso más, que el suyo:

Y no porque crea que estos españoles son peores que mi español. Al contrario, pienso, ¡qué extraño!, que algunos son mejores. ¡Y tan bellos, Lidia boliviana! (*Español perdido*, p. 60)

Claro que esa valoración no tiene por qué afectarle personalmente, como creador ("Pero en este caso mío, lo mejor no es lo mejor, ni lo peor lo peor", *ibid.*), ni la constatación de esa superioridad, estética, deja de producirle extrañeza, aunque al fin y al cabo se deba a que esos españoles están marchando al ritmo de su tiempo histórico (no como el suyo):

Y qué extraño oír hablar un español "mejor" a un colombiano, un mejicano, un boliviano. Un español mejor que el mío, qué extraño, más educado que el mío.

Sí, qué extraño, un español como mi español perdido, o un español más inventivo ahora, porque sigue en su hora y su lugar, su espacio y su tiempo (*ibid.*, p. 61)

El "buen", el "mejor" español puede estar en muchos sitios, en muchas gentes. Curiosamente, sin embargo, Juan Ramón, cuando los encarna, lo hace en mujeres, y, aparte de su madre, en mujeres de la clase popular, que no obstante pueden perder su forma mejor "natural" precisamente por querer adaptarse a un modelo pretendidamente más elevado:

Lo único bueno en esta extrañeza es saber bien, a veces, qué es lo bueno, cuál es el buen español de cada día; que el buen español de cada día (el que hablaba aquella muchacha de Sevilla, que por eso vino a nuestra casa de Madrid) era y es lo mejor de lo mejor.

Pero, ¡ay!, a veces también; no siempre, no siempre. Y la muchacha, cuando se dio cuenta de que yo "la escuchaba", se puso a hablar... mejor (*ibid.*, p. 63)

Pero donde claramente no está el modelo es en la forma castellana, madrileña, de hablar (pese a que en otros momentos, contradictoriamente, pueda estar subsumida en ese español de España objeto de los desvelos y las añoranzas del poeta). Ya vimos antes cómo algunos de los testimonios más críticos con el arcaísmo del español castellano, que lo invalida como superior, proceden precisamente de la época del exilio. Pero, además, de ese español cree Juan Ramón que surge por obra de los filólogos un español de ningún sitio, artificioso y falso, justamente por no ser de nadie, por no formar parte de la vida de ningún hablante verdadero, y que es, por desgracia, el que se enseña a los extranjeros. Ese español ficticio enseñado no ofrecía peligro en España, donde podía ser corregido por la lengua viva, diaria; en Estados Unidos, fuera de ese contacto, puede llevar al engaño a quienes lo adoptan:

En España, Madrid, el español que enseñaba Tomás Navarro Tomás a los extranjeros y que pretendía enseñar a los españoles, no me preocupaba nunca, porque allí estaba el español de la calle haciendo lo suyo. Pero aquí en Broadway, ¡qué extraño (Tomás Navarro Tomás, discípulos de Tomás Navarro Tomás, el acendrado) este español que no se habla ni se ha hablado ni se hablará nunca en ninguna parte!

No, no se cultiva una voz aislada, científicamente, como la voz de un, una cantante; sino como un resultado de un "cultivo espiritual" completo; que es también como debiera cultivar su voz el, la cantante para no ser artificiales, para no ser flauta, por ejemplo. ¡Odiosa "coloratura"! (*ibid.*, p. 62)

No hay en Juan Ramón, evidentemente, un planteamiento explícito de cuestiones de normas lingüísticas, ni tal cosa era de esperar. Pero hay, según hemos visto, tres elementos que destacan en su conciencia evaluadora de las formas de hablar: la naturalidad (más bien popular, en lo que perpetúa un viejo tópico romántico, de larga fortuna), la plena aceptación de todas las formas de español,

la resistencia al viejo modelo centropeninsular, castellano, como única guía del idioma.

3. La "conciencia lingüística" es, en cuanto pueda dotarse de referente a tal sintagma, un principio activo en la historia de las lenguas que se manifiesta básicamente de dos modos: como guía de la evolución lingüística, de modo que "determina, en ocasiones, la suerte (generalización o rechazo) de determinadas "decisiones" que adopta la comunidad respecto de la lengua: generalización de innovaciones, marginación de otras, conservación de arcaísmos, adopción de valores connotativos peculiares, etc." (Bustos Tovar 1995: 272). Y como manifestaciones explícitas de los hablantes acerca de su lengua, de su modalidad, y de otras (lenguas o modalidades) más o menos próximas, manifestaciones que se traducen habitualmente en juicios de valor y que muestran la otra cara que toda lengua posee, junto a la de servir de instrumento de comunicación: construir la identidad individual en primer lugar, la colectiva (en parte), y servir como el más poderoso medio de anclaje del ser humano en su mundo histórico. Las "creencias" de los hablantes y sus actitudes tienen un valor relativo, pues no siempre coinciden con los movimientos del devenir lingüístico, y pueden venir elaboradas de condicionantes de muy diverso tipo (ideologías políticas o religiosas, sentimientos primarios...), pero son siempre un indicio que hay que tener en cuenta, pues por muy desafortunadas o desquiciadas que nos parezcan pueden dar las claves de determinadas actuaciones sobre la lengua, a más corto o a más largo plazo.

En este sentido, las opiniones, los aforismos de alguien como Juan Ramón constituyen un claro indicio de cómo desde fuera del mundo de filólogos y lingüistas se estaban empezando a transformar las actitudes hacia la lengua en general y hacia el español en concreto en el seno de gentes tan calificadas, y de tanta relevancia pública, como poetas y creadores de lenguaje. En Juan Ramón el antiguo sentimiento romántico que ve en la lengua de las clases populares un ideal de naturalidad y pureza se combina con el sentimiento de que la variedad de una lengua como el español exige un nuevo planteamiento de lo que, para entendernos, llamamos "norma lingüística". El viejo eco de las diatribas de otro poeta andaluz, Fernando de Herrera, contra los modos castellanos como únicos detentadores de la pureza lingüística, parece resonar en sus aceradas pullas contra lo castellano en el habla y en la creación. España y el español no pueden ya reducirse a Castilla (hacia siglos que ya se había visto), y es ahora, en el marco de una época que, por un lado, intenta revivir la vieja gloria castellana, pero que por otro ve emerger gentes que vienen de la periferia, del litoral, reivindicando su lugar, también lingüístico, en el marco común, que, por ello, ha de ser revisado. Con Juan Ramón parece adivinarse nuevamente la exigencia que ya planteó siglos atrás Herrera, la del lugar de Andalucía en la lengua española. Pero la ampliación de la visión no se queda en el interior de España: con su dura y amarga experiencia del destierro el poeta teme perder su lengua en un mundo ajeno (Estados Unidos) y perder su propia forma en otro mundo, a la vez semejante y extraño, la América hispana. No obstante, por encima de las diferencias, que no siempre lo devuelven a su ser lingüístico, Juan Ramón sabe ver cómo los "otros" españoles, los hispanoamericanos, tienen su propia entidad, su

propia historia, y también pueden tener su propia superioridad estética. Pese a sus viscerales discrepancias con los filólogos, Juan Ramón está en el campo de aquellos (Dámaso Alonso, Rafael Lapesa) que veían con plena claridad que el centro del español, o al menos alguno(s) de su(s) centro(s) tenía que desplazarse hacia el Nuevo Mundo.

CORPUS BIBLIOGRÁFICO (OBRA DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ)

- *La corriente infinita* (ed. de F. Garfias), Madrid: Aguilar, 1961
- *Españoles de tres mundos* (ed. de R. Gullón), Madrid: Aguilar, 1969
- *Páginas escogidas. Prosa* (ed. de R. Gullón), Madrid: Gredos, 1970
- *Platero y yo* (ed. de R. Gullón), 12ª ed., Madrid: Taurus, 1978
- *Guerra en España (1936-1953)* (ed. de A. Crespo), Barcelona: Seix Barral, 1985
- *Tiempo y Espacio* (ed. de A. del Villar), Madrid: Edaf, 1986
- *Metamorfosis 1897-1957* (ed. de A. Sánchez Romeralo), Barcelona: Anthropos, 1990
- *Elejías andaluzas* (ed. de A. del Villar), Barcelona: Seix Barral, 1994
- *Obra poética* (ed. de J. Blasco y T. Gómez Trueba), Madrid: Espasa, 2005

BIBLIOGRAFÍA

- ALFONSO SEGURA, C. (2000): "El español "hablado" de Juan Ramón Jiménez", en J. Blasco Pascual y T. Gómez Trueba (eds. y coords.), *Juan Ramón Jiménez, prosista*. Fundación Juan Ramón Jiménez, 339-356
- ARBIDE, J., GUCIRA-LIBRERO, J. C. (2002): *El andaluz universal* [archivo de ordenador]. Sevilla: Objetivo-4, D. L.
- BLASCO PASCUAL, JAVIER, GÓMEZ TRUEBA, T. (1994): *Juan Ramón Jiménez, la prosa de un poeta (catálogo y descripción de la prosa lírica juanramoniana)*. Valladolid: Grammalea
- BLASCO PASCUAL, JAVIER, GÓMEZ TRUEBA, T. (ed. y coord.) (2000): *Juan Ramón Jiménez, prosista*. Moguer (Huelva): Fundación Juan Ramón Jiménez
- BUSTOS TOVAR, JOSÉ JESÚS DE (1995): "El concepto de conciencia lingüística y las hablas andaluzas", en P. Lain Entralgo et al., *Las lenguas de España*. Sevilla: Fundación El Monte, 235-250
- FERNÁNDEZ BERROCAL, ROCÍO (2008): *Juan Ramón Jiménez y Sevilla*. Universidad de Sevilla - Fundación Focus-Abengoa
- MONDEJAR, JOSÉ (2001²): *Dialectología andaluza. Estudios* (ed. de P. Carrasco y M. Galeote), 2 vols., Universidad de Málaga
- PALAU DE NEMES, GRACIELA (1974²): *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez: la poesía desnuda* (2 vols.). Madrid: Gredos
- REYES CANO, ROGELIO (2008): "El andaluz universal": la Andalucía de Juan Ramón Jiménez como categoría ética y estética. Academia de Buenas Letras de Granada